

HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

1. LOS PRECEDENTES (SIGLOS XV-XIX)

Los primeros estudios sobre los Celtíberos, enmarcados en la tradición erudita de los siglos XV a XVIII, se centraron en la identificación de las ciudades mencionadas por las fuentes clásicas, entre las que sin duda destaca Numancia. Antonio de Nebrija, en el siglo XV, Ambrosio de Morales, en la segunda mitad del siglo XVI y Mosquera de Barnuevo, en los comienzos del XVII, abogan por su localización en la provincia de Soria, frente a quienes defendían, desde la Edad Media, su ubicación en Zamora. A finales del XVIII, Juan de Loperráez visita las ruinas de las ciudades de *Clunia*, *Uxama*, *Termes* y *Numantia*, a la que sitúa en el cerro de La Muela de Garray, presentando, asimismo, los planos de esta histórica ciudad (1788: 282 ss.) (1).

Aunque los primeros trabajos arqueológicos en la ciudad de Numancia se desarrollaron en 1803, dirigidos por J.B. Erro (1806) y con la subvención de la Sociedad Económica de Soria, el punto de arranque de la Arqueología celtibérica puede establecerse a mediados del siglo XIX con la publicación, en 1850, de los resultados de las

excavaciones de Francisco de Padua Nicolau Bofarull en la necrópolis de Hijes (Guadalajara) (2) (*vid.* Cabré 1937: 99 s.), y con el inicio en 1853 de los trabajos de E. Saavedra en Numancia, que tuvieron continuación entre 1861 y 1867, bajo los auspicios de la Real Academia de la Historia, identificando en su Memoria premiada en 1861, ya sin género de dudas, los restos aparecidos en La Muela de Garray con la ciudad celtibérica mencionada por las fuentes clásicas. En 1877 se publicarían los primeros resultados de estos trabajos (Delgado, Olázaga y Fernández Guerra 1877).

En torno a ese mismo año, Fernando Sepúlveda realizó excavaciones en el término de Valderrebollo (Guadalajara), documentando un castro y una posible necrópolis que proporcionaron un interesante material, destacando una importante colección numismática (Abascal 1995d).

También la ciudad de *Termes*, ya visitada igualmente por Ambrosio de Morales y por Loperráez, fue objeto de atención a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Nicolás Rabal (1888: 451 ss.) publica un informe sobre las ruinas de esta ciudad, que es recogido parcialmente en su obra fechada en 1889 sobre los Monumentos, Artes e Historia de Soria.

El armamento celtibérico, que como se verá ha merecido un especial interés por parte de la investigación arqueológica española a lo largo de todo el siglo XX (Lorrio 1993a: 285 ss.), comenzó a ser valorado desde fecha temprana, principalmente debido a los hallazgos de Hijes, que pasaron a formar parte de las síntesis de E. Cartailhac (1886: 247) y S.P.M. Estacio da Veiga (1891: 270 s., lám. XXIII, 6-24), si bien habrá que buscar las primeras referencias a las armas celtibéricas en la

(1) Un análisis clarificador sobre el concepto de «celtas» en la Prehistoria europea y española puede obtenerse en G. Ruiz Zapatero (1993). *Vid.*, asimismo, los trabajos de A. Tovar (1986: 68 ss.), Ph. Kalb (1993), traducción de un trabajo en alemán publicado en 1990, desde unos planteamientos netamente centroeuropeos de lo 'céltico', y el propio Ruiz Zapatero (1985). Para el mundo celtibérico, puede consultarse la reciente aportación de F. Burillo (1995c), o el trabajo previo del mismo autor (1993), aunque éste centrado fundamentalmente en la investigación arqueológica, haciendo hincapié en sus principales hitos que, en buena medida, han sido seguidos en la redacción de este capítulo. También resultan de gran interés los trabajos de G. Ruiz Zapatero (1989) y F. Romero (1991a: 41 ss. y 404 ss.) sobre la historia de la investigación arqueológica en la provincia de Soria, una de las regiones más emblemáticas del mundo celtibérico. En relación con la investigación sobre Celtas y Celtíberos a lo largo del siglo XIX en la Península Ibérica, *vid.* el estudio historiográfico de J.A. Jiménez (1993: 226 ss.). Sobre la figura de Adolf Schulten y su relación con Numancia, *vid.* Blech 1995.

(2) Los hallazgos de Hijes (o Higes, como aparece en las publicaciones de la época) fueron recogidos en obras generales como la *Historia General de España* del Padre J. de Mariana (1852-53, I: 33).

tradición erudita del siglo XVIII, que utiliza algunas espadas de bronce procedentes de la Celtiberia —de las tierras entre Sigüenza (Guadalajara) y Calatayud (Zaragoza)— para ilustrar ciertos pasajes de las fuentes literarias grecolatinas sobre el armamento de los pueblos prerromanos (Infante D. Gabriel de Borbón 1772: 302 s., nota 74; *vid.* Almagro-Gorbea e.p.a).

En 1879 se publica el trabajo de Joaquín Costa «Organización política, civil y religiosa de los Celtíberos», en el que se tratan algunos de los aspectos esenciales de la sociedad y la religión de los Celtas hispanos, temas que van a constituir lugar común en la historiografía céltica peninsular durante todo el siglo XX; dos años antes había publicado su trabajo «La religión de los Celtas españoles», ambos incluidos en su obra *La religión de los Celtíberos y su organización política y civil* (1917). Sin embargo, y a pesar de la brillantez de estos ensayos, todavía se atribuían los monumentos megalíticos a los Celtas históricos, tesis que aún era mantenida por los eruditos e historiadores españoles de la época (*vid.* Ruiz Zapatero 1993: 35 s.).

Ya en el primer cuarto del siglo XIX, W. von Humbolt (1821), impulsor del vascoiberismo, había identificado algunos topónimos celtas en la Península Ibérica procedentes de las fuentes literarias. Durante la segunda mitad del siglo, F. Fita (1878; etc.) y E. Hübner (1893) engrosarían la documentación de tipo onomástico partiendo de la epigrafía. Se realizan ahora los primeros hallazgos no monetales de documentos epigráficos celtibéricos, en escritura ibérica, pero su desciframiento, debido a M. Gómez Moreno, no se produciría hasta los años 20, ya en nuestro siglo, a pesar de los infructuosos intentos que desde el siglo XVI se habían llevado a cabo partiendo de la documentación numismática (*vid.* Caro Baroja 1954: 681 ss.). Cabe destacar el trabajo de A. Fernández Guerra (1877) «Sobre una tésera celtíbera. Datos sobre la ciudades celtíberas de Ergavica, Munda, Cértima y Contrebia», o el de F. Fita (1882) «Lámina celtibérica de bronce, hallada en el término de Luzaga, partido de Sigüenza». Éste, en su trabajo «Restos de la declinación céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas» (1878), «examina más de doscientas inscripciones hispano-romanas, en algunas de las cuales se encuentran palabras, flexiones o desinencias propias de la lengua céltica; analiza los nombres de ciudades o personas conservados en libros o monedas; y fija el asiento de los Celtas en la Lusitania, en la Galecia, en la Celtiberia y en algunos puntos de la Bética» (Fita 1879: 234).

El siglo XIX se va a cerrar con las obras de H. d'Arbois de Jubainville (1893 y 1894; *vid.*, también, 1904), principal valedor de la tesis ligur según la cual este pueblo indoeuropeo habría colonizado el Occidente con anterioridad a la llegada de los Celtas (*vid.* Almagro Basch

1952: 257 ss.). D'Arbois de Jubainville comienza a valorar los elementos célticos peninsulares a partir principalmente de las fuentes literarias clásicas y la documentación onomástica. Asimismo, debe mencionarse la recopilación de las fuentes clásicas sobre los Celtíberos realizada por A. Holder (1896, I: 959-975).

2. LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX (1900-1939)

Con el inicio del nuevo siglo, la actividad arqueológica en la Celtiberia alcanza un importante desarrollo. Estos trabajos se centran sobre todo en las excavaciones llevadas a cabo, por un lado, en Numancia y en las principales ciudades celtibérico-romanas y, por otro, en las necrópolis de la Edad del Hierro localizadas en las cuencas altas de los ríos Jalón, Tajo y Duero.

En Numancia, entre 1905 y 1912, un equipo alemán subvencionado por el Káiser Guillermo II y dirigido por A. Schulten con la colaboración de C. Könen, realizó algunos sondeos en la parte oriental del cerro sobre el que se asienta la ciudad, aunque sus trabajos se centraron preferentemente en la identificación y excavación de los campamentos romanos que formaban el cerco de Escipión. Los resultados de estas campañas fueron dados a conocer en cuatro volúmenes, aparecidos entre 1914 y 1931, el primero de los cuales constituye la primera síntesis sobre la Celtiberia, donde Schulten aporta una recopilación de las fuentes literarias sobre los Celtíberos (Schulten 1914: 7-11 y 281-290), proponiendo la diferenciación de la Celtiberia en Ulterior, correspondiente al Alto Duero, y Citerior, circunscrita a los valles del Jiloca y del Jalón (Schulten 1914: 119 ss.). En esta obra ofrece, partiendo de las fuentes literarias, una personal reconstrucción del proceso de etnogénesis de los Celtíberos, que constituirá la base de los posteriores estudios de Bosch Gimpera. Según Schulten (1914: 98 s.; *Idem* 1920: 108-111), los Celtas habrían llegado a controlar en su totalidad la Meseta —a la que considera de etnia ligur, de acuerdo con los postulados de la época—, siendo prueba de ello la dispersión geográfica de los topónimos en *-briga*, para posteriormente ser conquistados y absorbidos por los pueblos ibéricos. De esta forma, los Celtíberos serían Iberos establecidos en tierra de Celtas, contradiciendo así la tesis tradicional según la cual el pueblo celtibérico quedaría formado al establecerse los invasores Celtas sobre los Iberos. Una muestra de la mezcla entre ambos pueblos sería la presencia de elementos célticos entre los Celtíberos, lo que se advierte en los nombres que ostenta la nobleza celtibérica (Schulten 1914: 246).

Paralelamente a los trabajos de Schulten en Numancia, entre 1906 y 1923, una Comisión, presidida primero por E. Saavedra y después por J.R. Mélida, pondrá todos sus

esfuerzos en la excavación de la ciudad, dejando al descubierto unas 11 ha. de su superficie total. La primera Memoria de estos trabajos apareció en 1912 (VV.AA. 1912), y a ella siguieron siete más, publicadas por la *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* entre 1916 y 1926 (Mélida 1916 y 1918a; Mélida y Taracena 1920, 1921 y 1923; Mélida *et alii* 1924; González Simancas 1926a). Desde 1913, M. González Simancas (1914; 1926a-b) excavará en la ciudad intentando documentar su sistema defensivo.

Otras ciudades de la Celtiberia merecieron la atención de la Arqueología durante las dos primeras décadas del siglo XX. En *Termes*, trabajan A. de Figueroa y Torres, Conde de Romanones (1910), N. Sentenach (1911a-b) e I. Calvo (1913), a los que cabe añadir el propio Schulten (1913) quien, pese a no realizar trabajos de campo, sí visitó la histórica ciudad. *Arcobriga* fue objeto de excavaciones por E. de Aguilera y Gamboa, XVII Marqués de Cerralbo, localizándola en el verano de 1908 en las ruinas situadas en el Cerro Villar, en Monreal de Ariza (1909: 106 ss.; 1911, V; *vid.* Beltrán Lloris, dir. 1987). *Clunia* lo fue en 1915 y 1916 por I. Calvo (1916), a quien se debe la distinción entre la ciudad romana —de la que era conocida su correcta ubicación desde mediados del siglo XVIII (Flórez 1751: 279; Loperráez 1788: 319 ss.)— y la indígena, cuyos restos trató de hallar infructuosamente. También fueron excavadas durante este período, *Segeda*, aún no identificada como tal (Conde de Samitier 1907), *Uxama* (Morenas de Tejada 1914; *vid.* García Merino 1995: 17 s.), *Bilbilis* (Sentenach 1918), el supuesto solar de la *Nertobriga* celtibérica (Sentenach 1920), *Segobriga* (Sentenach 1921), donde ya se habían llevado a cabo excavaciones a finales del siglo XVIII (*vid.* Almagro Basch 1986: 37) y *Ocilis* (Mélida 1926).

A pesar de que las primeras noticias sobre un cementerio celtibérico se remontan a mediados del siglo XIX, hubo que esperar a los trabajos del Marqués de Cerralbo, iniciados en la segunda mitad de la década inicial del siglo XX y continuados a lo largo de buena parte de la siguiente para poder obtener una visión general de estas necrópolis, señalándose ya por entonces algunos de los elementos esenciales de las mismas (3). Pero los numero-

(3) A su trabajo inicial sobre *El Alto Jalón*, en el que se ofrece un breve avance sobre sus excavaciones en la necrópolis soriana de Montuenga (Aguilera 1909: 97-99), seguirá la obra inédita *Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones Arqueológicas*, fechada en 1911, por la que le fue concedido el Premio Martorell en 1913, cuyo tomo III dedica a la necrópolis de *Aguilar de Anguita* y el IV a *Diversas necrópolis ibéricas*, concretamente a las de Montuenga, Luzaga y Monreal de Ariza, identificada ésta por Cerralbo como la necrópolis de la ciudad celtibérica de *Arcobriga*. En 1912, presenta un avance de sus excavaciones en *Aguilar de Anguita*, Luzaga y *Arcobriga* al *XIV Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques*, celebrado en Ginebra (Aguilera 1913a), y en 1913 aparece un breve trabajo en el que da a conocer la única estela funeraria decorada, procedente de

esos cementerios excavados por Cerralbo en las cuencas altas del Tajo y del Jalón, a menudo en su totalidad, permanecieron inéditos en su mayor parte, y apenas si ha quedado otra evidencia que un cúmulo de materiales fuera de contexto y algunas referencias de su excavador, excesivamente generales pero de gran utilidad, relacionadas con la forma y la ordenación interna del cementerio, el número de tumbas exhumadas, el ritual o la tipología de los objetos que formaban parte de los ajuares funerarios (4). Idéntica suerte sufrieron las necrópolis de Belmonte (Zaragoza), donde trabajó el Conde de Samitier (1907), la de Haza del Arca (Uclés) —en el territorio de la provincia de Cuenca que en época histórica aparece integrado en la Celtiberia—, cuya excavación se remonta a 1878 (Quintero Atauri 1913; Mélida 1919: 13, lám. V,5-7), y las sorianas de Gormaz, Quintanas de Gormaz y Osma, en el Alto Duero, excavadas entre 1914 y 1916 por R. Morenas de Tejada (Morenas de Tejada 1916a-b; Zapatero 1968) (5).

En cuanto a los ajuares, la falta de una publicación completa de los mismos, junto a las vicisitudes y el esta-

Aguilar de Anguita (*vid.* capítulo IV, fig. 50,3), documentada en sus excavaciones (Aguilera 1913b). Sin embargo, su síntesis esencial sobre el conjunto de estas necrópolis no aparecerá hasta 1916, fruto de una conferencia impartida en el Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, celebrado en 1915 en Valladolid. Además cabe añadir la conferencia dada con motivo del Congreso organizado por esta misma Asociación en Sevilla en 1917, en el que abordará la clasificación de los elementos tipológicos más significativos aparecidos en sus necrópolis (*vid.* Artífano 1919: 3; Argente 1977a).

(4) La nómina de necrópolis excavadas por Cerralbo no es del todo conocida, aunque debió superar la veintena de yacimientos, en su mayoría localizados en la provincia de Guadalajara. De ellas, Cerralbo dedicó una mayor atención a las de El Altillo (*Aguilar de Anguita*, Guadalajara) —aunque próxima a ésta excavara un segundo cementerio, el de La Carretera—, Centenares (Luzaga, Guadalajara), el Molino de Benjamín o Vado de la Lámpara (Montuenga, Soria) y *Arcobriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza), todas ellas excavadas o en proceso de excavación en 1911, fecha de redacción de su obra inédita, en la que cita brevemente la necrópolis de Los Majanos (Garbajosa, Guadalajara). Con posterioridad excavaría las necrópolis de Los Arroyuelos (Hijas), Valdenovillos (Alcolea de las Peñas), Tordelrábano, Las Llanas (La Olmeda), Las Horzas (El Atance), El Tesoro (Carabias), Padilla del Ducado, Ruguilla, donde al parecer pudo trabajar en dos necrópolis diferentes (El Plantío y El Almágral), Los Mercadillos y La Cabezada, ambas en La Torresabián, Acederales (La Hortezueta de Océñ), Turmiel, La Cava (Luzón), Navafría (Cares), Ciruelos, todas en Guadalajara, así como la soriana de Alpanseque. A ellas, cabría añadir las dudosas de Estriégana, Villaverde del Ducado y Renales, también en Guadalajara (Argente 1977a: fig. 1).

(5) Dado el interés de estos hallazgos, algunos de los ajuares de las necrópolis de Osma y Gormaz, excavadas por Morenas de Tejada, fueron adquiridos por el Museo Arqueológico Nacional y por el Museo de Barcelona (*vid.* Apéndice I) (Mélida 1917: 145-159; *Idem* 1918b: 130-141; Cabré 1918; Bosch Gimpera 1921-26), mientras que los materiales de la Colección Cerralbo pasaron en su totalidad al Museo Arqueológico Nacional —una parte importante en 1926 (Cabré 1930: 34 s.; Paris 1936: 31-44) y el resto en 1940 (Barril 1993: nota 1)— sin que su estudio fuera abordado hasta la década de los 70, con resultados desalentadores (*vid. infra*).

do de abandono al que se vieron sometidos los materiales procedentes de estos cementerios, ha llevado a que solamente en algunos casos se haya podido acceder a una mínima parte del total excavado (Álvarez-Sanchís 1990: figs. 4 y 5; Lorrio 1994a: fig. 2; *Idem* 1994b: fig. 1), que en ciertas necrópolis superaba el millar de tumbas (fig. 1) (6).

Al tiempo que se daban a conocer, de forma parcial como se ha señalado, los materiales de estas necrópolis, las piezas más significativas, primordialmente las armas descubiertas por Cerralbo, y en especial las halladas en Aguilar de Anguita (Guadalajara) y *Arcobrigo* (Zaragoza), pasaban a formar parte de las grandes síntesis de la época, entre las que destaca, sin duda alguna, la obra de J. Déchelette sobre la arqueología céltica (1913: 686-692; *Idem* 1914: 1101 s.). Déchelette (1912) tuvo la ocasión de estudiar personalmente los hallazgos procedentes de estas necrópolis que, a la sazón, aún permanecían inéditas, y a las que califica como celtibéricas, poniendo de relieve el indudable interés de estos materiales así como su originalidad, e incorporándolos a su visión sobre la Edad del Hierro en Europa (7). La necrópolis de Aguilar de Anguita y los cementerios aquitanos cuyos ajuares considera emparentados, «bien que présentant le facies des produits hallstattiens, paraît appartenir à une époque relativement basse», fechando el grupo principal de tumbas de Aguilar de Anguita hacia el siglo IV a.C., mientras que Luzaga y *Arcobrigo* han de llevarse a los siglos siguientes, dada la presencia de objetos de tipo La Tène (Déchelette 1913: 691).

Un papel destacado jugaron también los materiales de las necrópolis excavadas por Cerralbo en la obra de H. Sandars *The Weapons of the Iberians* (1913), que constituye el primer análisis global del armamento protohistórico peninsular. Aun cuando califica estas armas de ibéricas, opina que los Celtas o Galos llegados a la Península Ibérica probablemente en el siglo VI a.C. influyeron en gran medida en el armamento indígena. Estos Celtas «dominaron las razas indígenas, se aliaron con ellas y bajo el nombre de Celtíberos fundaron luego una sola raza distinta» (Sandars 1913: 4). También Schulten (1914: 209-228) incorporó estos hallazgos a su síntesis sobre los Celtíberos.

Por su parte, Cerralbo, que ya en su publicación sobre el Alto Jalón adscribía la necrópolis de Montuenga a época hallstática (Aguilera 1909: 99), mantendrá la terminología europea al uso, considerando que la necrópolis

de Aguilar de Anguita, a la que tiene por la de mayor antigüedad, se fecharía a fines del siglo V o inicios del IV a.C., correspondiendo al Hallstatt II, mientras que la de *Arcobrigo*, cuyo inicio se sitúa al final de esta fase, continuaría a lo largo del período lateniense, al que se adscribiría también el cementerio, más moderno, de Luzaga (Aguilera 1916: 10) (8).

Los materiales más significativos, ordenados siguiendo los criterios de Cerralbo, quien había realizado una clasificación de los materiales de las necrópolis por él excavadas (Aguilera 1911, III-IV; *Idem* 1916; *Idem* 1917), fueron expuestos con motivo de la celebración en 1917 del Congreso de la Asociación Española para el Progreso de la Ciencias, al que ya en 1915 había presentado su síntesis *Las Necrópolis Ibéricas*. Asimismo, y con planteamientos similares, una selección de los objetos de hierro procedentes de los yacimientos excavados por Cerralbo, a los que se añadió entre otros materiales los de un conjunto de sepulturas de la necrópolis de Quintanas de Gormaz, excavada por Morenas de Tejada, formó parte destacada de la *Exposición de Hierros Antiguos Españoles* celebrada en Madrid en 1919, cuyo catálogo fue publicado por P.M. de Artífano y Galdácano.

Mucho menor eco tuvieron las excavaciones realizadas en poblados, entre las que pueden destacarse, particularmente, las aportaciones de Cerralbo en el Alto Jalón y el Alto Tajo (*vid.* Argente 1977a: 594, fig. 1). En su mayoría estos trabajos quedaron inéditos, publicándose tan sólo breves avances de los más significativos. En el Alto Jalón, destacan el «Castro o Castillo ciclópeo», en Santa María de Huerta (Soria) (Aguilera 1909: 61-70; *Idem* 1916: 79-83) y el «Castro megalítico» o «Cerro ógmico», en Monreal de Ariza (Zaragoza) (Aguilera 1909: 74-86; *Idem* 1911, II: 60-74). En el Alto Tajo, Cerralbo realizó excavaciones en una serie de poblados que cabría emparentar con algunas de las necrópolis que él había excavado. «Los Castillejos», en Aguilar de Anguita (Aguilera 1911, III: 77), «El Castejón», en Luzaga (Aguilera 1911, IV: 31-32; Artífano 1919: n^{os} 72 y 123-131), «Los Castillejos», en El Atance (Artífano 1919: n^{os} 136-138), «El Perical», en Alcolea de las Peñas (Artífano 1919: n^{os} 116-122), Turmiel (Artífano 1919:

(6) Esto ha sido posible gracias a la publicación de algunos conjuntos aislados o por su identificación a partir de la documentación fotográfica original (Lorrio 1994a: apéndice). *Vid.*, al respecto, Apéndice I.

(7) En este sentido, Déchelette (1913: 687) señala que «Ces découvertes, encore inédites, constituent un ensemble de documents archéologiques du plus haut intérêt pour l'étude de l'âge du fer chez les Celtibères».

(8) Cerralbo, que califica indistintamente estas necrópolis como ibéricas o celtibéricas, ofrece una interpretación del proceso de formación de los Celtíberos que contrasta con el expuesto por Schulten: «los Celtas, que valientes y conquistadores venían arrollando razas, naciones y pueblos, al llegar a nuestro país, tienen que hacer alto en su invasora marcha, porque los hombres de la Iberia ni rinden sus armas, ni desfallecen sus brazos, ni abandonan sus hogares, ni se desnaturalizan de su tierra, y así los Celtas abandonan en las escabrosidades de los Pirineos su rudo carácter, su avaricia de conquistadores, y acogiéndose a la generosísima hospitalidad que caracterizaba a los Iberos, según Estrabón, se brindan como amigos para llegar a confundirse en una fraternidad que constituye la heroica raza celtibérica» (Aguilera 1916: 78).

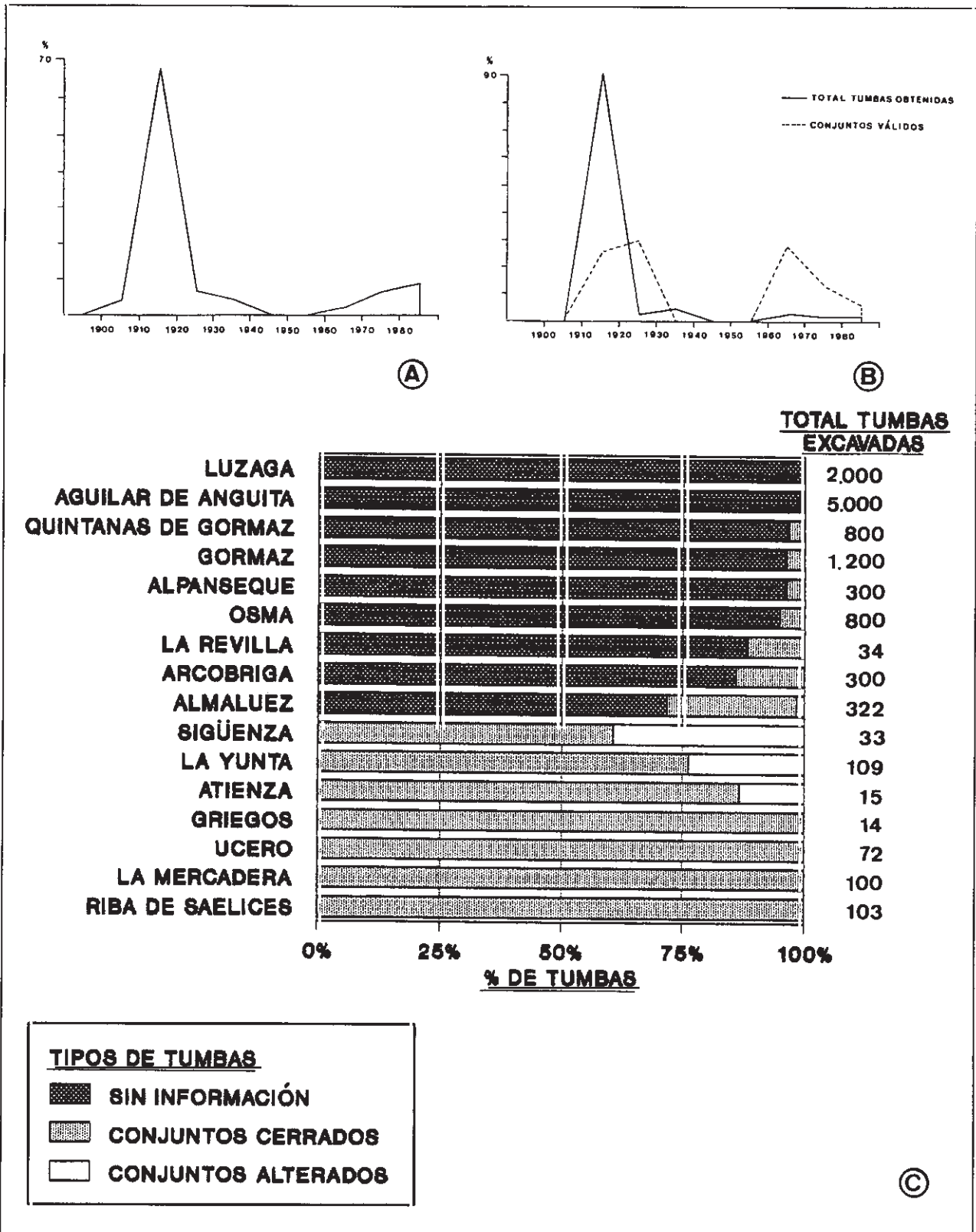


Fig. 1.—Necrópolis celtibéricas excavadas entre 1905 y 1985 (A) y distribución de tumbas y conjuntos cerrados obtenidos en el mismo período (B). Proporción de conjuntos cerrados respecto al total de tumbas excavadas en algunas de las principales necrópolis celtibéricas (C). (A-B, según Álvarez-Sanchís 1990).

nº 139), etc., serían algunos de los hábitats en los que trabajó y de los que apenas existe documentación al respecto (*vid.* Artífano 1919, donde se recogen contados materiales —armas y útiles— procedentes de estos yacimientos). Puede mencionarse, además, la excavación del poblado de La Oruña, en Veruela (Zaragoza), en las proximidades del Moncayo (Mundo 1918).

J. Cabré —buen conocedor de los materiales provenientes de los trabajos de Cerralbo, al haber colaborado con él en algunas de sus excavaciones, ordenando y fotografiando los materiales— va a ser el elegido para la elaboración de los Catálogos Monumentales de las provincias de Teruel (1909-10) y Soria (1917), ambos inéditos, aunque del primero publicara el santuario celtibérico de Peñalba de Villastar (Cabré 1910) y el segundo fuera manejado por B. Taracena en la elaboración de la Carta Arqueológica de Soria. El tomo III del Catálogo de Soria (1917) lo dedica a las *Necrópolis Celtibéricas*, con especial incidencia en las de Osma, Gormaz y Alpanseque, lamentándose de no poder estudiarlas conjuntamente con los yacimientos excavados por Cerralbo en las provincias de Guadalajara y Zaragoza por encontrarse en una misma región y pertenecer «al mismo pueblo», «que hemos dado en llamar ibérico, pero a mi entender su nombre propio es celtíbero, puro y neto». El tomo cuarto de esta obra incluye las ciudades celtibérico-romanas de Numancia, *Uxama*, *Termes* y *Ocilis* (9).

A partir de 1915, P. Bosch Gimpera va a abordar en sucesivos trabajos el estudio de los Celtas en la Península Ibérica, partiendo de las tesis invasionistas de Schulten, fundamentadas en gran medida en los textos clásicos, a las que intentará dotar de base arqueológica (10). Desde un primer momento Bosch Gimpera (1915: 34; *vid.*, asimismo, 1918: 13) considera que las necrópolis conocidas hasta la fecha en la Meseta Oriental «probablemente no son ibéricas, sino célticas», lo que contrasta con lo expuesto por Cerralbo, Déchelette y Schulten, quien, a pesar de sus teorías sobre el proceso de etnogénesis meseteño, seguiría denominando celtibéricos a estos cementerios.

En su trabajo *Los Celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica*, publicado en 1921, expone, influido por Kossina, los planteamientos esenciales de su tesis invasionista. De acuerdo con Schulten —siguiendo en esto lo señalado por los textos clásicos— los Celtas habrían entrado en la Península Ibérica a principios del siglo VI (*ca.* 600 a.C.) para, durante la Segunda Edad del

Hierro (desde el 500 a.C.), desarrollar una cultura que, por encima de sus diferencias locales, presenta un marcado carácter hallstático, a pesar de que los tipos documentados difieran de los centroeuropeos y su cronología no sea obviamente la misma que la comúnmente aceptada para la cultura hallstática, a la que considera celta (*vid.* Bosch Gimpera y Kraft 1928: 258 s.; Kalb 1993: 146 ss.). Esta cultura, denominada 'posthallstática' al ser posterior a la hallstática, se extendería por el Centro y el Occidente peninsular y por el Sur de Francia, equivaliendo cronológicamente a los períodos I y II de La Tène (Bosch Gimpera 1921: 17 s.). Uno de sus grupos principales sería el definido a partir de las necrópolis de la Meseta Oriental, de las que ofrece una clasificación tipológica de sus elementos esenciales (espadas, puñales, fibulas y broches de cinturón), sistematizando así lo esbozado por Cerralbo en sus trabajos más recientes (Aguilera 1916 y 1917). Sobre esta ordenación, diferencia dos períodos en la evolución de estas necrópolis, que fecha entre el siglo V y la primera mitad del III a.C., predecesores de lo que denomina «Cultura Ibérica de Numancia», que atribuye a los Celtíberos y cuyo final establece en el 133 a.C., fecha de la destrucción de la histórica ciudad (11).

Simultáneamente a los trabajos de Bosch Gimpera, hay que destacar la labor llevada a cabo, especialmente en la provincia de Soria, pero también en la de Logroño, por B. Taracena, colaborador con J.R. Mélida en las excavaciones de Numancia (1920; 1921; 1923 y 1924) y director del Museo Numantino desde 1919 a 1936. A lo largo de este período, la actividad de Taracena se centró en la realización de prospecciones y excavaciones arqueológicas preferentemente en yacimientos de la Edad del Hierro. Sus excavaciones en los poblados sorianos de Ventosa y Arévalo de la Sierra, Taniñe, Calatañazor y Suellacabras (1926a: 3-29), Izana (1927: 3-21), Langa de Duero (1929: 31-52 y 1932: 52-61), Ocenilla (1932: 37-52), el riojano de Canales de la Sierra (1929: 28-31), donde se había localizado tradicionalmente la ciudad de *Segeda*, así como en un buen número de asentamientos castreños del Norte de la provincia de Soria (1929: 3-27), resultan de gran trascendencia, dado el desinterés que hasta la fecha había deparado en la arqueología celtibérica la excavación de los núcleos de habitación de menor entidad, orientada en especial hacia las ciudades y los conjuntos funerarios. A él se debe también la identificación de la ciudad celtibérica de *Contrebia Leukade* en Aguilar del Río Alhama (La Rioja) (Taracena 1926b).

(9) Sobre la obra de J. Cabré y el ambiente científico de su época en relación a la Arqueología céltica meseteña, *vid.* M.E. Cabré y J.A. Morán (1984a); con referencia al *Catálogo Monumental de la provincia de Soria*, *vid.* Ortego (1984).

(10) *Vid.* las reseñas de Bosch Gimpera (1913-14: 204 ss.) a las obras de Cerralbo (1913a), Sandars (1913) y Schulten (1914).

(11) En esto, Bosch Gimpera sigue las tesis de Schulten, considerando que hacia el siglo III a.C. se produciría la penetración de la cultura ibérica en las tierras del interior de la Península, cuyo fin coincidía con la toma de Numancia (Bosch Gimpera 1920: 180 ss.).

En la Memoria correspondiente a 1928 (Taracena 1929: 3-27), define por vez primera la entidad cultural de uno de los grupos castreños peninsulares de mayor personalidad, el de «los castros sorianos», cuya dispersión geográfica coincide con el territorio en el que las fuentes literarias sitúan a los Pelendones y que representan (Taracena 1929: 25 ss.) «el más viejo grupo de cultura céltica de la meseta central», en el que, si los objetos metálicos permiten emparentarlos con las necrópolis posthallstáticas del Sur de la provincia de Soria, no ocurre igual con las especies cerámicas, interpretadas como «una supervivencia del pueblo que sufrió la invasión céltica», que para Schulten serían Ligures y para Bosch Gimpera supervivientes del Eneolítico. Esta invasión, de acuerdo con Schulten y Bosch Gimpera, quedaba fijada en el Periplo de Avieno (*vid.* capítulo II,1.1), aceptándose una fecha en torno al 600 a.C. Con posterioridad, una supuesta invasión arévaca sustituiría «la ruda cultura de los castros por la típica posthallstática, de donde por evolución surge la cultura numantina».

A pesar del especial interés que durante las dos primeras décadas del siglo XX se había demostrado por las necrópolis, la publicación detallada de conjuntos funerarios celtibéricos de cierta entidad no se producirá hasta el comienzo de los años 30, en que vieron la luz las Memorias de Excavación de los cementerios del Altillo de Cerropozo, Atienza (Guadalajara) (Cabré 1930) y La Mercadera (Soria) (Taracena 1932: 5-31, lám. I-XXIII), publicaciones ambas que cabe considerar modélicas (12).

En el trabajo sobre la necrópolis de Atienza, Cabré (1930: 30 ss.) expone sus ideas sobre la periodización en la Meseta Oriental, rechazando los términos Hallstatt y La Tène para referirse a las culturas peninsulares (*vid.* asimismo Cabré 1928: 95 s.) y no aceptando tampoco la propuesta de Bosch Gimpera, por considerarla imprecisa (13). Propone, a modo de ensayo hasta disponer de un mayor número de excavaciones metódicas en otros cementerios de la Meseta Oriental y de haber publicado la

(12) Sin embargo, otras importantes necrópolis del área celtibérica no gozaron de similar fortuna: Monteagudo de las Vicarías tan sólo mereció una breve nota (Taracena 1932: 32-37, láms. XXIV-XXV,I) y Almaluez permaneció inédita, aunque se disponga del diario de su excavador, Blas Taracena. Por su parte, Giménez de Aguilar (1932) publica algunos materiales descontextualizados de la necrópolis conquense de Cañizares, cuyo mayor interés radica en su semejanza con los documentados por Cerralbo en el Alto Tajo (de este yacimiento existe en la Real Academia de la Historia, sección Antigüedades, legajo 9-7953-24, un informe breve sin fecha firmado por H. Obermaier).

(13) También critica Cabré (1930: 36) la periodización de las necrópolis posthallstáticas propuesta por Bosch Gimpera en su obra de 1921, pues «carecía cuando la redactó, y aun ahora, de la documentación necesaria para llevar a cabo un trabajo de sistematización acerca de la Edad del Hierro de la Meseta castellana y de sus inmediaciones, a causa de que permanecen ignorados por él e inéditos muchos descubrimientos arqueológicos, muy fundamentales en este género de estudios».

Colección Cerralbo —tarea que le había sido encomendada al propio Cabré—, la diferenciación en dos grandes períodos que denomina provisionalmente «1ª y 2ª Edad del Hierro de Castilla e inmediaciones», caracterizados por los elementos más significativos de la cultura material hallados en las necrópolis, principalmente las espadas y los puñales —sentando las bases de la clasificación actualmente en uso—, las fibulas, los broches de cinturón y las cerámicas, así como las puntas de lanza y los escudos, arma sobre la que volverá en un estudio monográfico posterior (Cabré 1939-40). Fecha esta necrópolis entre el siglo IV y los inicios del III a.C., momento al que atribuye la mayor parte de las sepulturas, lo que permite la clasificación de este cementerio como celtibérico; así, refiriéndose a las necrópolis del Oriente de la Meseta de características semejantes a la de Atienza, considera que «si no son en absoluto celtibéricas, por lo menos alcanzan los tiempos en que fue consumada la fusión de los Celtas con los Iberos, y marcan una fecha fija, el siglo III a.C.», lo que queda testimoniado por la presencia de cerámica a torno, aporte de los Iberos «en la fusión de la raza celtibérica» (Cabré 1930: 38 s.).

También Taracena (1932: 31), en su ejemplar estudio de La Mercadera, se cuestiona lo inadecuado que resulta la utilización de la terminología centroeuropea para el caso peninsular (14). Taracena ofrece en este trabajo el estado de la cuestión sobre la Edad del Hierro en la provincia de Soria:

«La Edad del Hierro soriana ofrece dos modalidades arqueológicas: la cultura de los castros de las sierras del N. de la provincia (sobre fondo arcaizante) relacionadas con los del bajo Duero y en la que aparece únicamente cerámica morena con decoración unguicular o incisa, coetánea de las necrópolis posthallstáticas del primer grupo formado por Bosch Gimpera y por tanto céltica, y la cultura de tipo de Numancia con cerámica roja torneada y pintada que comienza en Ventosa de la Sierra y étnicamente es celtibérica. Entre los dos grupos se ve el momento de fusión en el castillo de Arévalo de la Sierra y acaso en el de Alpanseque y se aprecia la superposición de las culturas en los de Taniñe y Fuentesauco. El hecho diferencial es pues la cerámica torneada y pintada, arte en realidad, ya que las restantes tipologías generales son

(14) «Esta necrópolis, como todas las del grupo castellano, ofrece un predominio de tipos hallstáticos sobre los de La Tène y muestra una vez más la falta de sincronismo entre estas etapas peninsulares y las europeas, por lo cual me parece por ahora más eficaz que tratar de encuadrarla en el marco inadecuado de Hallstatt o La Tène o en el muy general de la primera y segunda edad del hierro, partir de la división que marca el hecho histórico de la formación del pueblo celtibérico, que por su extensión geográfica podría ser conveniente para todo el grupo castellano e incluirla en una clasificación étnica solamente».

evolutivas y por tanto inútiles para una diferenciación étnica».

Añade (1932: 31) que «la formación del pueblo celtibérico parece que tiene lugar hacia el comienzo del siglo III», por lo que La Mercadera sería una necrópolis «céltica no sólo por el origen de sus tipos sino también por la corta densidad de la cerámica roja torneada que parece corresponder al inicio de su empleo y, por tanto, al de la influencia cultural ibérica».

El mismo año 1932 se publica la obra de Bosch Gimpera *Etnología de la Península Ibérica*, en la que estructurará la documentación arqueológica conocida hasta la fecha, que en el territorio celtibérico seguía restringida casi en su totalidad a la Colección Cerralbo, para, con la ayuda de las fuentes clásicas, intentar reconstruir el proceso histórico del Centro y el Occidente peninsular. En esta obra, se suma a la gran invasión céltica de hacia el 600 a.C., que alcanzaría de lleno la Meseta Oriental, una primera oleada céltica, vinculada a los Campos de Urnas procedentes del Rhin y Suiza, con la que relaciona los topónimos típicamente celtas en *-dunum* y en *-acum*, que llega a la Península Ibérica en torno al año 1000 a.C., aunque en un trabajo anterior hubiera propuesto una fecha entre los siglos XII y XI a.C. (Bosch Gimpera y Kraft 1928: 260) y que, a partir de obras posteriores, se situará definitivamente en el 900 a.C. (Bosch Gimpera 1933; 1942; 1944; etc.).

Tras analizar las fuentes literarias relativas a los Celtíberos, a los que considera como una población básicamente ibérica, aunque dominada y mezclada con elementos celtas (Bosch Gimpera 1932: 541 ss.), se aborda el estudio de su arqueología (Bosch Gimpera 1932: 568 ss.). Para Bosch Gimpera (1932: 569 ss. y 576 ss.), los castros estudiados por Taracena en las provincias de Soria y Logroño y las necrópolis de Guadalajara y Soria ofrecen características propias, insistiendo en la presencia, junto a los elementos posthallstáticos puestos de manifiesto en armas y adornos, del elemento ibérico documentado a través de la cerámica a torno, que considera venida del Valle del Ebro. La cronología propuesta abarca desde el siglo V al III a.C., señalando la ignorancia que cubre el período posterior. Ofrece una periodización de las necrópolis posthallstáticas (Bosch Gimpera 1932: 578), coincidente con la propuesta en 1921, incorporando los hallazgos de Cabré (1930) en Atienza (15):

(15) Según Bosch Gimpera (1932: 576), las necrópolis de Osma, La Requijada, Recuerda, Alpanseque, Valdenovillos, Atienza, Atance, Carabias e Hijes se localizan en territorio arévaco; la de *Arcobriga*, en zona bela; y las de Garbajosa, Olmeda, Luzaga, Hortezueta de Océn, Ciruelos, Molino de Benjamín (Montuenga), Clares, Turmiel y Aguilar de Anguita, se adscribirían al de los Títos. Por su parte, identifica el nivel más antiguo de Numancia y los llamados castros sorianos con los Pelendones (Bosch Gimpera 1932: 580 s.).

Período I (siglos V-IV a.C.)

- a. (Siglo V a.C.). Una parte de Aguilar de Anguita.
- b. (400-350 a.C.). Aguilar de Anguita, Olmeda, Clares, Quintanas de Gormaz y tumba 9 de Atienza.

Período II (siglos IV-III a.C.)

- a. (350-300 a.C.). Alpanseque, Atance, Hijes, La Requijada de Gormaz, Quintanas de Gormaz, la mayor parte de Atienza y tal vez también Valdenovillos, Turmiel, Montuenga y Luzaga.
- b. (300-250 a.C.). *Arcobriga*, Osma, la tumba 16 de Atienza y quizás Ciruelos.

En los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil, cabe destacar los trabajos de Schulten sobre *Segeda* (1933a), proponiendo su identificación en Durón de Belmonte y localizando en sus proximidades lo que posteriormente se ha interpretado como la ciudad indígena (lám. I,1) (Burillo 1994a: 102 s.), y *Bilbilis* (1934). En 1933, Schulten publica su *Geschichte von Numantia*, cuya edición en castellano no aparecerá hasta 1945, que puede considerarse en cierto sentido como un resumen de su obra *Numantia* en cuatro volúmenes, manteniendo sin apenas modificación sus planteamientos invasionistas. A todo ello hay que unir los trabajos de Taracena (1934) desarrollados entre 1932 y 1933 en la ciudad de *Termes* o la publicación de su trabajo monográfico sobre los Pelendones (Taracena 1933).

3. DE 1940 A 1970

Los años 40 van a constituir un paréntesis en la actividad arqueológica celtibérica, al final del cual se produce la recapitulación de la situación heredada de la preguerra. Como ha señalado F. Burillo (1993: 241), pese a las aportaciones iniciales, las primeras décadas del período de postguerra constituirán «una ruptura en el proceso investigador sobre la temática celtibérica, que sorprende ante la corriente ideológica, existente durante este período, de valoración de 'lo celta'».

Un hito de la Arqueología celtibérica es, sin duda, la publicación por B. Taracena de la *Carta Arqueológica de España. Soria* (1941), en la que se recoge toda la documentación, debida en buena medida a la investigación del propio autor, recopilada hasta la fecha sobre el territorio soriano. Como ha señalado recientemente Ruiz Zapatero (1989: 16) «la síntesis introductoria de esta obra es realmente la primera síntesis estructurada de la Arqueología Soriana, en muchos aspectos con gran visión de futuro y observaciones vigentes todavía hoy». En 1940, Taracena (1943a) reanuda las excavaciones en Numancia, centrándose en el espacio donde con posterioridad se levantaría la Casa de la Comisión. Asimismo, da a conocer los

resultados de sus excavaciones en *Contrebia Leukade* (Taracena 1942 y 1945). A todos estos trabajos hay que añadir la publicación de un informe sobre la arqueología del Moncayo (Bordejé 1936-40).

En 1942, M. Almagro Basch publica un avance de sus trabajos desarrollados en 1934 en la necrópolis turolense de Griegos, cuyos materiales resultan semejantes a los recuperados por Cerralbo en las provincias de Soria y Guadalajara, lo que va a permitir vincular la Sierra de Albarracín, donde se localiza Griegos (16), con el núcleo del Alto Tajo-Alto Jalón definido a partir de los trabajos de Cerralbo. Aun considerando la poca superficie excavada, la necrópolis permitió documentar por vez primera en un cementerio celtibérico la presencia de estructuras tumulares, si se exceptúa el caso dudoso de La Mercadera. En este mismo trabajo, Almagro critica las alineaciones de tumbas descritas por Cerralbo, teniéndolas por fantásticas, lo que provocó la reacción de Cabré (1942b), responsable de la documentación fotográfica de las excavaciones de Cerralbo (*vid.* capítulo IV,2).

Son igualmente dignas de mención las publicaciones de J. Cabré sobre «La Caetra y el Scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro» (1939-40) o sobre «El *thymaterion* céltico de Calaceite» (1942a), en las que los materiales procedentes de las necrópolis celtibéricas van a ocupar un lugar destacado, incorporando los dibujos, obra de M.E. Cabré, de algunos de los conjuntos cerrados más significativos de estos cementerios, tantas veces repetidos en las publicaciones posteriores.

Bosch Gimpera publica en 1942 *Two Celtic waves in Spain*, texto leído en 1939 y cuya edición en castellano, algo ampliada, *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, no aparecería hasta 1944. En estas obras mantiene los mismos puntos de vista que en sus publicaciones previas, al seguir basándose en las fuentes literarias y en los datos lingüísticos, aun cuando falte un conocimiento suficiente de los datos arqueológicos. Diferencia dos oleadas. La primera se sitúa hacia el 900 a.C., vinculándola con los Campos de Urnas del Sur de Alemania que penetrarían por Cataluña, donde se produciría una evolución autóctona hasta mediados del siglo VII a.C. Con esta invasión se relacionarían los *Berybraces* del Periplo de Avieno, constituyendo el único elemento de la misma que pudo tener contacto con la Meseta. La segunda oleada, integrada por grupos hallstáticos del Bajo y Medio Rhin, llegará a la Península en varias etapas entre el año 650 y el 570 a.C. a través de los pasos occidentales del Pirineo, afectando de lleno a la Meseta.

(16) Con respecto a las actividades arqueológicas en la Serranía de Albarracín en la primera mitad del siglo, *vid.* los trabajos de N.P. Gómez Serrano (1931 y 1954), así como Collado (1990: 8 y 1995: 410).

Los Belgas serían el último grupo céltico llegado a la Península (hacia el 570 a.C.) —con anterioridad a los primeros objetos latenenses, producto de contactos comerciales—, trayendo consigo los elementos que darán lugar a la llamada Cultura Posthallstática, asentándose en el Valle del Ebro y en la Meseta Norte (Bosch Gimpera 1944: 123 ss.). En relación a los Celtíberos, considera que tras la Cultura Posthallstática de las necrópolis y castros de Guadalajara y Soria, comenzarían a aparecer elementos ibéricos, primordialmente la cerámica, que a lo largo del siglo II hasta el 133 a.C. darán lugar a una cultura de fuerte sabor ibérico.

Ya desde los años 30, M. Almagro Basch había expresado en diversos artículos (1935; 1939; 1947-48) sus planteamientos encontrados con las tesis de Bosch Gimpera, que serían desarrollados, en extenso, en su trabajo de 1952 *La invasión céltica en España*, incluido en la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal. En esta obra, que renueva los planteamientos sobre la indoeuropeización de la Península Ibérica y en la que realiza un estudio concienzudo de la cultura material, Almagro aboga por una única invasión céltica, lenta y gradual, cuyo inicio sitúa hacia el 800 a.C. Corresponderían al Hallstatt D «los niveles bajos de Numancia y otros castros sorianos» que fecha en su período II (600-400 a.C.), enmarcándolos en el contexto general de la cultura celta de los Campos de Urnas (Almagro Basch 1952: 214-216 y 233).

A estos trabajos habría que añadir la síntesis de J. Martínez Santa Olalla, *Esquema Paleontológico de la Península Hispánica* (1941), en la que diferencia tres invasiones indoeuropeas, sin aportar nada nuevo respecto al panorama reflejado en las tesis de Bosch Gimpera, al que sigue en líneas generales. Además, cabe destacar *Los pueblos de España* de J. Caro Baroja, publicado también en 1946, o los trabajos de L. Pericot *La España primitiva* (1950) y *Las raíces de España* (1952), así como un corto artículo, aparecido en el número inicial de la revista *Celtiberia* (1951), en el que plantea el estado de la investigación sobre los Celtíberos, pasando revista a las tesis sobre su origen y destacando los trabajos llevados a cabo por los lingüistas, sobre todo por A. Tovar, sobre el carácter céltico de la lengua celtibérica (*vid. infra*).

Sin embargo, la aportación fundamental sobre los Celtíberos se debe de nuevo a Taracena, quien se encargará de su estudio en la *Historia de España* de Menéndez Pidal, en la que J. Maluquer de Motes aborda la etnología de los restantes pueblos de la Hispania céltica, señalando el valor de las llamadas «gentilidades» estudiadas por Tovar (1949: 96 ss., mapa 1) para identificar el área céltica peninsular (Maluquer de Motes 1954: 14, fig. 81, nota 32).

A lo largo de un centenar de páginas, Taracena ofrece un completo panorama de la Cultura Celtibérica, desde el 300 a.C. hasta la conquista romana: las fuentes históricas, los diferentes pueblos celtibéricos, sus núcleos de población, las instituciones, el armamento, la religión, el arte, etc., son algunos de los aspectos tratados. Al final, se refiere con brevedad a la formación de la Celtiberia, siguiendo para ello los planteamientos de Bosch Gimpera (Taracena 1954: 295 s.). Acepta la existencia de dos invasiones, siendo los castros célticos sorianos pervivencia de la primera, mientras que la segunda, fechada *ca.* 600 a.C., responsable de arrinconar a sus predecesores los Pelendones, incluiría a los «Vacceos, Arévacos y casi todo el elemento celta de los Celtíberos». Aun aceptando, al igual que Bosch Gimpera, la presencia de un elemento ibérico anterior, a diferencia de éste no lo retrotrae al final del Eneolítico o comienzos de la Edad del Bronce, con la expansión por la Meseta de la Cultura de Almería, sino que lo considera mucho más reciente «aproximadamente sincrónica a su entrada también en el sur de Francia y originada en la misma causa, quizá los movimientos célticos de la Primera Edad del Hierro. Ello podría explicar el arrinconamiento de los Pelendones en la serranía, logrado por los Iberos antes de la segunda invasión céltica» (17). Desde el siglo III a.C., se dejarían sentir los influjos ibéricos en la Celtiberia que, coincidiendo de nuevo con Bosch Gimpera, serían de tipo puramente cultural, sin necesidad de defender, tal como sugería Schulten, aportes étnicos. De esta forma, el complejo celtibérico aparece «formado por un elemento ibero muy poco denso que aun en el siglo VI, bastante después de la entrada de la primera invasión céltica, también muy poco numerosa, sostenía sus características y desapareció absorbido por la nueva llegada de centroeuropeos, que impusieron sus gustos, sus armas, su organización y sus mandos, pero que a su vez y desde el siglo III son conquistados por la cultura superior de los vencidos, cuya influencia llega desde tierras independientes». Por último, se refiere al proceso de expansión de los Celtíberos desde su formación en el siglo III a.C., sin que en ello deba verse una comunidad de origen con las poblaciones sobre las que impone su nombre.

Con respecto a los trabajos de campo, muy escasos durante este período, destacan los desarrollados por T. Ortego (1952) en la serranía turolense y en El Castillo de Soria, así como los llevados a cabo en el territorio

celtibérico del Ebro Medio, que se concretan en las prospecciones efectuadas por M. Pellicer (1957 y 1962; Pamplona 1957), que permitieron descubrir los importantes yacimientos celtibéricos de Botorrita y Valdeherrera, actualmente identificados con la ciudad de *Contrebia Belaisca*, cuyos trabajos de excavación no se emprenderían hasta 1969, dirigidos por A. Beltrán, y con la *Bilbilis* celtibérica, respectivamente.

En los inicios de la década de los 60 destaca la figura de F. Wattenberg, a quien se debe la reanudación de las excavaciones en Numancia. En 1959, presenta al *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica* su trabajo «Los problemas de la Cultura Celtibérica», publicado en 1960, en el que analiza el panorama celtibérico desde planteamientos coincidentes con los de Taracena, si bien sugiere la inclusión de los Vacceos entre el colectivo celtibérico, lo que ha tenido un cierto peso en un sector importante de la investigación actual (Martín Valls 1985; Martín Valls y Esparza 1992). En este trabajo se trata la cronología de la cerámica numantina, objeto de estudio por Bosch Gimpera (1915) y Taracena (1924), y la necesidad de revisar las estratigrafías de la histórica ciudad, lo que le llevaría a realizar en 1963 diferentes cortes en Numancia con el objeto de solucionar tales problemas estratigráficos (Wattenberg 1963: 17-25; *Idem* 1965; *Idem* 1983; Beltrán 1964; *Idem* 1972), siendo la plasmación de tales estudios su monografía sobre *Las cerámicas indígenas de Numancia* (Wattenberg 1963).

Como puede comprobarse, a partir de la década de los 40, según ha puesto de manifiesto Ruiz Zapatero (1993: 48 s.), «se produce una cierta atonía en la investigación arqueológica de 'lo celta'. Esto unido a las dificultades de relacionar los materiales hispanos con los del otro lado de los Pirineos, condujo a una renuncia expresa por intentar nuevas síntesis e interpretaciones. En cierto modo hasta los años 80 se han seguido repitiendo los viejos esquemas de Bosch, Almagro y otros, sin apenas puntos de vista nuevos; en otras palabras el tema era complejo y delicado y se optó por una aproximación descriptiva aderezada con la exposición historiográfica del mismo. Sin muchos datos nuevos y sin apenas propuestas teóricas poco más se podía hacer».

Un cambio en esta orientación vendrá marcado, como ha señalado acertadamente el propio Ruiz Zapatero (1993: 49), por la labor de una serie de arqueólogos alemanes que, de acuerdo con los postulados de la investigación céltica centroeuropea, identifica a los celtas históricos con la Cultura de La Tène. El trabajo de E. Sangmeister (1960), en el que intenta aclarar el valor de la aportación céltica en la Península Ibérica, muestra este nuevo rumbo en la investigación. Para Sangmeister, el Hallstatt D representa un nuevo estadio cultural en el Suroeste de Alemania y el Noreste de Francia que recoge

(17) En este sentido, Taracena (1954: 296) valora los restos «de construcciones de gran aparato ciclópeo, en Santa María de Huerta, Vinuesa, Covaleda, Numancia, etcétera, semejantes a las murallas ibéricas de la costa (Tarragona, Olerdola, Sagunto, etc.), anteriores al siglo III», considerando supervivencia de este elemento, mas bien escaso, «el sistema de construcción radial en Arévalo, Ocenilla, Izana y aun Numancia».

elementos supervivientes de los Campos de Urnas, otros resucitados de la Cultura de los Túmulos y otros típicamente hallstáticos, no pudiéndose determinar con claridad con cual de estos componentes llegaría la lengua céltica, único y definitivo argumento, según Sangmeister, para hablar de Celtas en la Península Ibérica. Tras analizar los hallazgos peninsulares, considera que ciertos elementos, como las fíbulas de caballito o las de espirales, las urnas de pie alto calado y las espadas de antenas, evidencian una corriente desde el Norte de Italia y el grupo del Suroeste Alpino posterior a los Campos de Urnas y que no proceden del foco del Hallstatt D Occidental. Con estos elementos se asociarían los nombres de los *Cempsi* y de los *Saefes* del Periplo de Avieno, cuya relación con los Ligures quedaría así explicada. Ciertos modelos de fíbulas, traídos por Celtas de la región gala en la primera mitad del siglo V a.C., podrían explicar los nombres en *-briga* y el nombre céltico de los *Berybraces* del Periplo, aunque pudieron llegar en el movimiento siguiente. Otra invasión se produciría en el siglo IV a.C., durante La Tène B/C, siendo prueba de ello los modelos más tardíos de fíbulas y ciertas armas, como las de los relieves de Osuna.

En el mismo año, W. Schüle (1960) publica un artículo en el que define, dentro de su «Kastilischen Kulturen», la llamada «Cultura del Tajo», estableciendo una periodización, en dos estadios (A y B) y cuatro fases (A1, A2, B1 y B2), basada en la evolución de las espadas. La fecha de las espadas de antenas y de las fíbulas de ballesta en el Sur de Francia impiden considerar que el foco difusor de la Cultura Posthallstática peninsular y de sus paralelos sea el Noroeste de los Alpes, documentándose en el círculo del Tajo, del que las necrópolis de Cerralbo constituyen una parte esencial, ciertos elementos que hay que relacionar con los Alpes Orientales, de época anterior al Hallstatt Final-La Tène.

No obstante, la aportación fundamental de Schüle será su síntesis *Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel* (1969), en la que los cementerios celtibéricos ocupan un papel destacado, recogiendo los ajuares funerarios ya conocidos a través de dibujos o fotografías, e incorporando igualmente un cierto número de conjuntos inéditos, pese a que no tuviera oportunidad de estudiar los materiales, aún sin publicar, pertenecientes a la Colección Cerralbo. También los materiales de Numancia, sobre todo las fíbulas, merecieron especial atención en esta obra. Schüle pretende estudiar la Cultura de la Meseta en el marco de las culturas coetáneas, formadas, según él, por el influjo de varias corrientes culturales que inciden en la Península seguramente atraídas por sus metales. Si el influjo fenicio se dejó sentir en el Sur, y el griego en el Golfo de León y en el Sureste, grupos nómadas a caballo debieron vagar preferentemente por el Centro y el Su-

roeste, con preferencia a las zonas del Norte, Noroeste y Sureste, regiones que para ellos debieron ser poco atractivas.

Schüle aborda el estudio de las culturas del Tajo y del Duero, centrándose de modo especial en la primera, que se extiende desde el Valle del Jalón, las altas tierras de Guadalajara hasta las estribaciones septentrionales de la Cordillera Central, el Sur de Portugal y Andalucía, y en la que cree ver ciertos elementos arqueológicos procedentes de las estepas euroasiáticas (Schüle 1969: 18 ss.). Propone la diferenciación de la Cultura del Tajo en dos períodos (A y B), subdivididos a su vez en dos subfases, partiendo de la evolución de las armas, en especial de los puñales de antenas. Las grandes necrópolis de la Cultura del Tajo del siglo VI a.C. representarían una forma de vida nómada o seminómada, dado lo frecuente que resultan los atalajes de caballo en las mismas y la desproporción entre el número y el tamaño de los cementerios con el de los lugares de habitación a lo largo de la fase A de esta cultura. Desde comienzos de la fase Tajo B se produce una lenta desaparición de los elementos de origen euroasiáticos, lo que reflejaría la influencia cada vez más poderosa del mundo ibérico, por una parte, y de la del Duero, por otra. A ello se une una reducción del territorio dominado por la Cultura del Tajo, que ya en la fase B2 se limita a las altas tierras de Guadalajara y a una pequeña franja a ambos lados del Sistema Central. A lo largo del siglo II a.C., la Cultura del Tajo sucumbe bajo la presencia de Roma, que en momentos posteriores será asimismo la causante del fin de la Cultura del Duero (Schüle 1969: 164 ss.).

Cabe aún destacar, entre los intentos de síntesis, la obra de N.H. Savory (1968) sobre la Prehistoria de la Península Ibérica, en la que, siempre dentro de los esquemas invasionistas vigentes, propone su punto de vista según el cual el mayor movimiento de pueblos en la Península ocurre hacia los siglos VI y V a.C., matizando las propuestas de Bosch Gimpera y Sangmeister.

Como punto final de esta década, puede señalarse la celebración en 1967 del *Coloquio Conmemorativo del XXI Centenario de la gesta numantina*, publicado algunos años más tarde (VV.AA. 1972), a pesar de lo cual las investigaciones sobre Numancia no van a tener continuidad, con la excepción de las excavaciones de J. Zozaya (1970 y 1971) centradas en la ocupación medieval de la ciudad o los diversos trabajos de carácter monográfico principalmente sobre las cerámicas numantinas (*vid. infra*).

En relación con la Arqueología funeraria, los últimos años de la década de los 60 suponen la iniciación de una nueva etapa, tras un largo paréntesis de casi treinta años, con la publicación de la necrópolis de Riba de Saelices (Guadalajara) por E. Cuadrado (1968), en la que se docu-

mentan las alineaciones descritas por Cerralbo, y la conqense de Las Madrigueras (Almagro-Gorbea 1965 y 1969), localizada en lo que en época histórica constituye el límite meridional de la Celtiberia, donde se estableció la continuidad en el uso de un cementerio a lo largo de un extenso lapso de tiempo, lo que entraba en contradicción con las tesis clásicas, posteriormente documentada en otros cementerios celtibéricos, como Aguilar de Anguita, Ucero, Carratiermes, etc. (*vid.* capítulo VII). A estos trabajos habría que añadir la aportación de J.M. Zapatero (1968) sobre la figura de R. Morenas de Tejada, ofreciendo algunas noticias interesantes acerca de los cementerios de Osma, Gormaz y Quintanas de Gormaz.

Desde el punto de vista de la Lingüística, el período comprendido entre la década de los 40 y la de los 60 resulta fundamental en lo que a los estudios célticos se refiere. Tras el desciframiento de la escritura ibérica, debido a Gómez Moreno (1922; 1925; 1943; 1949), Caro Baroja (1943) identificó elementos célticos en ciertas inscripciones en escritura ibérica procedentes del territorio celtibérico, pudiendo delimitar la Celtiberia respecto de la zona ibérica a partir de ciertas desinencias en las monedas, estableciendo cinco grandes regiones lingüísticas en la Hispania antigua. Sin embargo, será Tovar quien en 1946 describirá algunos rasgos fundamentales de la lengua de los Celtíberos que permitan su inclusión entre las lenguas célticas. A este trabajo inicial, seguirán otros del propio Tovar (1948, 1949, 1950, 1955-56, 1961, etc.), a los que deben sumarse las obras de M. Lejeune (1955) y U. Schmoll (1959), así como las relativas a la onomástica personal indígena, debidas a M. Palomar Lapesa (1957), J. Rubio Alija (1959) y, en especial, a M.L. Albertos (1964; 1965; 1966; 1972a-b; 1976; 1977a; 1979; 1983; etc.). Junto a ellos hay que destacar dos importantes trabajos de J. Untermann (1961 y 1965) sobre la onomástica peninsular, publicados en la primera mitad de la década de los 60.

Para Tovar existirían dos estratos lingüísticos indoeuropeos, uno 'precéltico' documentado en el lusitano, lengua «más arcaica en algunos rasgos que el celta», y que podría ser «un resto evolucionado de las primitivas invasiones indoeuropeas en el Occidente», y otro, el celtibérico, definido como «un dialecto celta de tipo arcaico» (Tovar 1971: 18 s.). Según el mismo Tovar (1971: 20), «el nombre 'celtíberos' no designa una mezcla de pueblos, sino un pueblo que hablaba celta y que había tomado de sus vecinos Iberos la escritura y otros rasgos culturales». Su planteamiento recogería las viejas tesis que defendían la existencia de una primera invasión indoeuropea, inicialmente relacionada con los Ligures y más tarde con los Ilirios, anterior a la protagonizada por los Celtas. En cambio, para Untermann (1961), únicamente habría habido una invasión indoeuropea en la Pe-

nínsula Ibérica, de tipo celta, que sería la responsable de las diferencias que, a nivel dialectal, se observan en el territorio peninsular.

4. EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XX

Durante este período se va a producir un gran desarrollo de la Arqueología en el ámbito celtibérico, si bien, desde el punto de vista teórico, a lo largo de la década de los 70 y los primeros años de los 80, se mantendrá «el concepto amplio, ambiguo y sin una definición arqueológica estricta de celta», que llevará a veces a «visiones simplistas, con atribuciones erróneas de yacimientos y materiales» (Ruiz Zapatero 1993: 49).

Desde mediados de la década de los 80 se asiste a una revitalización de los estudios sobre los Celtas en la Península Ibérica planteados desde perspectivas interdisciplinares, tras un largo período en el que la investigación sobre el tema se circunscribió, prácticamente, a la Lingüística. Prueba de ello son los recientes cursos monográficos de la Universidad Complutense en El Escorial (*Los Celtas*, Agosto 1992) y de la U.I.M.P. en Cuenca (*Los Celtas en la Meseta: Orígenes y nuevas interpretaciones*, Octubre 1993), dirigidos por M. Almagro-Gorbea, la sección dedicada a *Les Celtes et le Sud-Ouest de l'Europe* en el *XVIe Colloque de l'Association Française pour l'Etude de l'Age du Fer* (Agen, Mayo 1992), así como la publicación de trabajos monográficos que, desde planteamientos actuales, ofrecen una visión interdisciplinar sobre el complejo mundo de los Celtas hispanos, en el que los Celtíberos tienen un papel esencial (VV.AA. 1991; Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds. 1993). Deben destacarse, asimismo, los *Simposia sobre los Celtíberos*, que desde 1986 han venido desarrollándose en Daroca (Zaragoza) bajo la coordinación de F. Burillo (*vid. infra*).

Su interés, que ha trascendido de los ambientes puramente académicos, se ha visto acentuado por importantes hallazgos, como los bronceos de Botorríta (de Hoz y Michelena 1974; Beltrán y Tovar 1982; Eska 1989; Meid 1993 y 1994: 7 ss.; Beltrán, de Hoz y Untermann 1996), los más largos textos escritos en una lengua céltica de la Antigüedad, o la necrópolis celtibérica de Numancia (Jimeno y Morales 1993 y 1994; Jimeno 1994a: 128 ss.; *Idem* 1994b: 50 ss.; *Idem* 1996), extendiéndose igualmente fuera de nuestras fronteras tanto a nivel científico como de divulgación; de ahí la importancia del espacio dedicado a los Celtas hispanos en la Exposición *I Celti* celebrada en Venecia en 1991 (Moscati, coord. 1991).

En los años 70 y el primer tercio de los 80, se llevó a cabo la revisión de las principales necrópolis de la Colección Cerralbo, cuyos materiales, en gran medida

descontextualizados, se hallaban depositados en el Museo Arqueológico Nacional: Aguilar de Anguita (Argente 1971 y 1974, este último trabajo centrado en el estudio de las fíbulas); Valdenovillos (Cerdeño 1976a); Luzaga (Díaz 1976), limitándose solamente al estudio del material cerámico; Carabias (Requejo 1978); El Atance (de Paz 1980); La Olmeda (García Huerta 1980) y Almaluez (Domingo 1982), de la que se analizaron tan sólo los elementos metálicos (18).

Esta investigación se complementó con la reexcavación de la necrópolis de Aguilar de Anguita (Argente 1976 y 1977b) y con los trabajos de campo llevados a cabo en la de Sigüenza (*vid.* Cerdeño y Pérez de Ynestrosa 1993, donde se reúne toda la bibliografía previa sobre la necrópolis), Carratiermes (Argente y Díaz 1979) y Molina de Aragón (Cerdeño *et alii* 1981; Cerdeño 1983a). No obstante, las expectativas que crearon estas necrópolis —particularmente tras la decepción que supuso la revisión de la Colección Cerralbo, cuyos materiales, aunque individualizados generalmente por necrópolis, sólo fueron susceptibles de análisis tipológicos— se vieron defraudadas en cierta medida debido al estado de deterioro en que fueron halladas (19).

Fruto del creciente interés por los estudios celtibéricos desde mediados de la década de los 80 ha sido la excavación de importantes conjuntos funerarios, como La Yunta, Aragoncillo, Uceró, Carratiermes y Numancia, y la revisión de otros, como el caso de La Mercadera (Lorrio 1990) (20). A estas necrópolis cabe añadir las identificadas en el Valle del Jiloca, entre las que destacan las de La Umbría, en Daroca (Aranda 1990) y Singra (Vicente y

Escriche 1980), que ofreció escasos materiales. También el territorio conque se ha deparado algunas novedades durante los años 70 y 80, como la necrópolis tumular de Pajaroncillo (Almagro-Gorbea 1973) o los cementerios de La Hinojosa (Galán 1980) y Alconchel de la Estrella (Millán 1990), este último con armas típicamente celtibéricas (21).

En lo que se refiere a los núcleos de habitación, la nómina de poblados que han sido objeto de excavaciones arqueológicas en el territorio celtibérico se ha incrementado de modo notable desde los años 70. Con respecto al núcleo del Alto Tajo-Alto Jalón, definido tradicionalmente por los lugares de enterramiento, se ha trabajado en: Castilviejo (Guijosa) y Los Castillejos (Pelegrina), en el Alto Henares; El Palomar y El Turmielo (Aragoncillo), El Ceremeño (Herrería), Las Arribillas (Prados Redondos) y La Coronilla (Chera), en la cuenca del río Gallo; y Castilmontán (Somaén), en el Alto Jalón. De ellos, sólo La Coronilla (Cerdeño y García Huerta 1992, con la bibliografía anterior) y Castilviejo (Belén *et alii* 1978) han visto publicada su correspondiente Memoria, estando el resto aún en fase de estudio, si bien existen algunos breves avances (García-Gelabert y Morère 1986; Cerdeño 1989 y 1995; Cerdeño *et alii* 1995; Arenas *et alii* 1995) que, por lo común, se centran en uno de los aspectos más atractivos de estos asentamientos: los sistemas defensivos (Arlegui 1992b; Cerdeño y Martín 1995) (22).

En el Alto Duero, las excavaciones en hábitats se han centrado en una serie de yacimientos cuyos primeros trabajos fueron efectuados por Taracena en 1928. Se trata del poblado de El Castillejo (Fuensaúco) (Romero y Misiego 1992 y 1995b) y los castros del Zarranzano (Almarza) (Romero 1984b) y El Castillo (El Royo) (Eiroa 1979a), que han deparado importantes novedades (Eiroa 1979b y 1981; Romero 1989), proporcionando asimismo las primeras fechas de C14 para el Alto Duero (Eiroa 1980a-b y 1984-85; Romero 1991a: 356 ss. y 477 s.).

En la Celtiberia aragonesa cabe destacar las excavaciones en El Alto Chacón (Teruel) (Atrián 1976), el Puntal del Tío Garrillas (Pozondón) (Berges 1981), Los Castellares (Herrera de los Navarros) (Burillo 1983; Burillo y de Sus 1986 y 1988), el Cerro de La Oruña

(18) A ellos habría que unir la reciente publicación del único conjunto cerrado conocido de la necrópolis de Turmiel (Barril 1993).

(19) Algo semejante ocurrió con la necrópolis de Fuentelaraña (Osma), de la que únicamente han podido identificarse materiales fuera de contexto (Campano y Sanz 1990).

(20) De La Yunta (García Huerta y Antona 1992) se puede consultar la detallada Memoria de Excavación que recoge las cuatro primeras campañas (1984-1987), de las que existían algunos avances (García Huerta y Antona 1986, 1987 y 1988; García Huerta 1988), habiéndose publicado asimismo un resumen de las siete campañas llevadas a cabo hasta la fecha (García Huerta y Antona 1995). De Aragoncillo, se cuenta con la noticia preliminar que daba a conocer su hallazgo (Arenas 1990), así como de algún avance de los trabajos de excavación realizados de 1990 a 1992 (Arenas y Cortés *e.p.*). Por su parte, Uceró, cuya excavación se inició en 1980, y Carratiermes, que tras los sondeos realizados en 1977 ha visto reanudados los trabajos de campo a partir de 1986, se hallan aún en proceso de estudio, aunque se disponga de numerosos avances (*vid.*, respectivamente, García-Soto 1992 y Argente *et alii* 1992a, como publicaciones más recientes). Junto a ellas, la recientemente descubierta necrópolis de Numancia que, en el mismo año de su descubrimiento, 1993, fue objeto de una breve intervención de urgencia así como de la primera campaña de excavaciones (Jimeno y Morales 1993 y 1994; Jimeno 1994a: 128 ss.; *Idem* 1994b: 50 ss.), trabajos éstos continuados con posterioridad (Jimeno 1996: 58 ss.), y cuyos resultados vendrán sin duda a potenciar los estudios sobre el mundo funerario celtibérico (Jimeno *et alii* 1996).

(21) Una síntesis sobre el fenómeno funerario en la provincia de Cuenca puede obtenerse en Mena (1990).

(22) Menos fortuna ha tenido la excavación de hábitats conocidos por trabajos antiguos, como El Perical, la «acrópolis celtibérica de Valdenovillos», cuyas excavaciones llevadas a cabo por Cerdeño (1976b) en 1973-1974 proporcionaron, junto a materiales campaniformes, abundante cerámica a torno. A ellos, habría que añadir la revisión de los materiales procedentes de poblados excavados a principios de siglo, como el Cerro Ógmico (Monreal de Ariza) (de La-Rosa y García-Soto 1989 y 1995) o La Oruña (Veruela) (Bona *et alii* 1983), yacimiento éste objeto de recientes trabajos de excavación (Bienes y García 1995b).

(Bienes y García 1995b) y el Montón de Tierra (Griegos) (Collado *et alii* 1991-92a). En cuanto al territorio conquense pueden señalarse las excavaciones en Fuente de la Mota (Barchín del Hoyo) (Sierra 1981), Reillo (Maderuelo y Pastor 1981), Cabeza Moya (Enguñanos) (Navarro y Sandoval 1984), El Cerro de los Encaños (Villar del Horno) (Gómez 1986), Moya (Sánchez-Capilla 1989) y Hoyas del Castillo (Pajaroncillo) (Ulreich *et alii* 1993 y 1994). Con ellos cabe relacionar el hallazgo de materiales de clara filiación celtibérica en las comarcas de La Plana de Utiel y Los Serranos, en la zona noroccidental de Valencia limítrofe con las provincias de Cuenca y Teruel (de la Pinta *et alii* 1987-88; Martínez García 1990; Almagro-Gorbea *et alii* 1996).

Una mención especial cabe hacer respecto a los trabajos de excavación en ciudades celtibérico-romanas, por más que, como ha apuntado recientemente F. Burillo (1993: 244 s.), «debido a su continuidad en época imperial romana o la no correspondencia de la ciudad romana con la ciudad celtibérica que le precedió, da lugar a que los abundantes restos arqueológicos dominantes sean de época romana». Éste es el caso de *Termes*, en la que los trabajos de excavación se reanudaron de manera continuada en 1975 (*vid.* Argente, coord. 1990a), *Uxama* (García Merino 1984, 1989 y 1995), *Ocilis* (Borobio *et alii* 1992), *Clunia* (Palol *et alii* 1991), *Bibilis* (Martín Bueno 1975a), *Turiaso* (Bona 1982), *Ercauica* (Osuna 1976), *Valeria* (Osuna *et alii* 1978) y *Segobriga*, cuyas excavaciones fueron retomadas en 1963 (Almagro Basch 1983, 1984 y 1986; Almagro-Gorbea y Lorrío 1989). A éstas hay que añadir los trabajos desarrollados en las ciudades de *Contrebia Belaisca*, identificada en el Cabezo de las Minas de Botorrita (Beltrán 1982; *Idem* 1983a; *Idem* 1988; *Idem* 1992, con la bibliografía anterior), *Contrebia Leukade*, en Inestrillas (Hernández Vera 1982; Hernández Vera y Núñez 1988), continuando de esta forma los trabajos iniciados por Taracena, así como en La Caridad de Caminreal (Vicente *et alii* 1986 y 1991; Vicente 1988) y Numancia, esta última objeto de una intensa revisión (Jimeno 1996; Jimeno y Taberner 1996). El tema de las ciudades se valorará, según Burillo (1993: 245 s.), «como verdadero dinamizador del proceso histórico que se desarrolla especialmente durante el período celtibero-romano, para lo cual será determinante tanto el análisis de las fuentes escritas (Rodríguez Blanco 1977; Fatás 1981), como la prospección y la aplicación de los planteamientos de la Arqueología Espacial (Burillo 1979 y 1982)».

A la vez que los trabajos de excavación, se ha producido una importante labor prospectora en diferentes zonas del territorio celtibérico. En Soria, la labor iniciada por Taracena ha visto su continuidad en la nueva Carta Arqueológica provincial, de la que ya han sido publicados

los cuatro primeros volúmenes, centrados en el *Campo de Gómara* (Borobio 1985), la *Tierra de Almazán* (Revilla 1985), la *Zona Centro* (Pascual 1991) y *La Altiplanicie Soriana* (Morales 1995). Estos trabajos han permitido reconocer una serie de asentamientos, contemporáneos en parte a los castros de la serranía soriana, rompiendo así la dicotomía que desde tiempos de Taracena se había establecido entre los hábitats castreños, al Norte, y las necrópolis, al Sur (Revilla y Jimeno 1986-87; García-Soto y de La-Rosa 1995) (23). En lo que se refiere a La Rioja, cabe destacar la Carta Arqueológica del río Cidacos (Pascual y Pascual 1984; García Heras y López Corral 1995), que incluye los yacimientos sorianos situados en su cuenca alta. A este trabajo debe sumarse una recopilación bibliográfica de ámbito provincial (Espínosa 1981).

En Guadalajara, sólo se ha publicado la Carta Arqueológica del Partido Judicial de Sigüenza (Fernández-Galiano 1979; Morère 1983) y la correspondiente al río Tajuña (Abascal 1982), habiéndose llevado a cabo una importante actividad prospectora de tipo selectivo, principalmente por J. Valiente y su equipo (Valiente 1982 y 1992; Valiente y Velasco 1986 y 1988), que ha permitido documentar importantes asentamientos en diferentes zonas de la provincia, cuyo estudio ha sido de gran interés para definir el horizonte inicial de la Cultura Celtibérica. Hay que señalar, además, los trabajos de prospección centrados en la comarca de Molina de Aragón, de P.J. Jiménez (1988), M.R. García Huerta (1989), J.L. Cebolla (1992-93) y J.A. Arenas (1993). Junto a ellos, debe mencionarse la publicación de diversos materiales de superficie procedentes de hábitats de la Edad del Hierro (García-Gelabert 1984; Arenas 1987-88; Iglesias *et alii* 1989; Barroso y Díez 1991).

En la Celtiberia aragonesa destacan las prospecciones sistemáticas habidas en el Bajo Jalón (Pérez Casas 1990b), los valles de la Huerva y del Jiloca Medio (Burillo 1980; Aranda 1986 y 1987), comarcas de Calamocha (Burillo, dir. 1991) y Daroca (Burillo, dir. 1993), zona del Moncayo (Bona *et alii* 1989; Bienes y García 1995a), Sierra de Albarracín (Collado 1990), así como la elaboración de la Carta Arqueológica de la provincia de Teruel (Atrián *et alii* 1980) o la síntesis general sobre la Carta Arqueológica de Aragón (Burillo, dir. 1992).

Al tiempo que se han incrementado los trabajos de campo, desde la década de los 70 se han potenciado los estudios de carácter tipológico, especialmente interesados en los objetos metálicos, fibulas, broches de cintu-

(23) La nómina de asentamientos castreños se ha visto también incrementada en los últimos años (Ruiz *et alii* 1985; San Miguel 1987).

rón, pectorales y armas (24), en su mayoría hallados en los lugares de enterramiento. Estos estudios han resultado de gran trascendencia, pues, a partir de las asociaciones de objetos documentadas en las sepulturas, se ha podido establecer una seriación de los mismos, lo que ha permitido definir la secuencia cultural del mundo celtibérico (Lorrio 1994a-b).

Peor fortuna ha tenido la producción cerámica procedente de las necrópolis excavadas a principios de siglo que, salvo alguna excepción (Díaz 1976), ha quedado claramente marginada de estos estudios, aun cuando la publicación de nuevos cementerios haya venido a compensar en parte esta situación. Mucho mejor conocidas resultan las cerámicas procedentes de los lugares de habitación, sobre todo por lo que respecta a las fases iniciales del mundo celtibérico, gracias en gran medida a su sistematización en el ámbito castreño soriano, debida a F. Romero (1991a: 239 ss. y 447 ss.; *vid.*, asimismo, Bachiller 1987a: 17 ss., entre otros trabajos de este autor), así como al cada vez más abundante material que están deparando los trabajos de prospección y excavación desarrollados en territorio celtibérico, aunque las altas cronologías defendidas en ocasiones para estos materiales hayan dificultado su correcta valoración. También los conjuntos cerámicos celtibéricos de cronología más avanzada han atraído la atención de un modo especial, destacando sin duda las producciones pintadas numantinas (Jimeno, ed. 1992), tanto policromas (Romero 1976a-b; Olmos 1986) como monocromas (Arlegui 1986 y 1992c), pudiéndose mencionar, asimismo, el trabajo de J.M. Abascal (1986) sobre la cerámica pintada romana de tradición indígena, con particular incidencia en los talleres del ámbito celtibérico. En relación con esta producción, puede citarse el estudio sobre un conjunto de cerámica «celtibérica» de época romana (Lorrio 1989), procedente de las recientes excavaciones en la ciudad de *Segobriga* (Almagro-Gorbea y Lorrio 1989).

La revitalización de los estudios sobre el ámbito celtibérico que se produce desde mediados de los años 80 se ha plasmado en la aparición de diversos trabajos de síntesis, entre los que destacan los relativos a la Edad del

Hierro en la provincia de Soria (Romero 1984a; Jimeno 1985; Romero y Ruiz Zapatero 1992), con especial dedicación a los castros de la serranía soriana (25). A ellos habría que añadir la Tesis Doctoral de M.R. García Huerta (1990) sobre la Edad del Hierro en el Alto Tajo-Alto Jalón, en la que se hallan incluidas las memorias de excavación de dos importantes yacimientos de la zona, la necrópolis de La Yunta y el castro de La Coronilla, ambas de reciente publicación (García Huerta y Antona 1992; Cerdeño y García Huerta 1992). Sobre el Alto Jalón, Arlegui (1990a) ofrece una visión general que incluye un avance de sus excavaciones en el castro de Castilmontán. Para la Celtiberia aragonesa puede consultarse la obra colectiva *Los Celtas en el valle medio del Ebro* (VV.AA. 1989a), así como el trabajo de Asensio (1995) *La Ciudad en el mundo prerromano en Aragón*, en el que los núcleos urbanos celtibéricos merecen una especial atención (*vid.*, también, Burillo 1994b). Existen además algunos intentos de síntesis relativos al período formativo del mundo celtibérico, entre los que cabe mencionar los trabajos de Almagro-Gorbea (1986-87; 1987a; 1992a y 1993), Burillo (1987), Ruiz Zapatero y Lorrio (1988); Lorrio (1993b y 1995a: 95 ss.) y Romero y Misiego (1995a). Por último, se cuenta con otras síntesis globales debidas a F. Burillo (1991b y 1993), así como la obra colectiva *Celtíberos* (Burillo *et alii*, coords. 1988), publicada con ocasión de la exposición celebrada en 1988 en Zaragoza, en las que partiendo de las evidencias arqueológicas se ha intentado ofrecer un completo panorama sobre esta cultura.

En el transcurso de la década de los 80 se han celebrado diversos Congresos en los que la temática celtibérica ha ocupado un papel destacado. Entre ellos cabe mencionar las reuniones centradas en el estado de la investigación en Aragón, celebradas en 1978 y 1986, los *Symposia de Arqueología Soriana*, que tuvieron lugar en Soria en 1982 (1984) y 1989 (1992), el *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte* (1990), celebrado en Salamanca en 1984, y el *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* (1988), que se desarrolló en Ciudad Real en 1985. No obstante, puede considerarse al *I Simposium sobre los Celtíberos* (VV.AA. 1987a), celebrado en Daroca en 1986, como punto de arranque de esta nueva etapa. A él siguió en 1988 el *II Simposio sobre los Celtíberos*, dedicado monográficamente a las necró-

(24) Para las ffbulas *vid.* Argente (1990 y, sobre todo, 1994), que recoge la abundante bibliografía sobre el tema, entre la que destacan especialmente los trabajos de E. Cabré y J.A. Morán (*vid.* capítulo VI, 2.1). Por lo que se refiere a los broches de cinturón ha de consultarse Cerdeño (1977 y 1978), mientras que los pectorales han sido estudiados a partir de los hallazgos de Carratiermes por Argente, Díaz y Bescós (1992b). Para el armamento, uno de los temas de mayor interés en la investigación arqueológica española a lo largo de este siglo, han de consultarse las recientes aportaciones de Cabré (1990), Quesada (1991), Lorrio (1993a, 1994a-b), con toda la bibliografía anterior, y Stary (1994). También los útiles de hierro, generalmente procedentes de hábitats (Manrique 1980; Barril 1992) y documentados ocasionalmente en necrópolis (Barril 1993), han sido objeto de estudio.

(25) Además de los trabajos de F. Romero (1984c y 1991a) hay que destacar las diversas publicaciones sobre el tema de J.A. Bachiller (1986; 1987a-b; 1992; 1992-93; Bachiller y Ramírez 1993), realizados desde planteamientos que siguen los de Romero. No hay que olvidar, asimismo, el intento de síntesis de Fernández-Miranda (1972) o el estudio de las fortificaciones de uno de los castros más emblemáticos, El Castillo de las Espinillas de Valdeavellano de Tera (Ruiz Zapatero 1977).

polis (Burillo, coord. 1990), en lo que constituye el primer intento de síntesis general sobre el tema, aunque enfocado desde una perspectiva amplia, al incluir áreas no celtibéricas en sentido estricto. El *III Simposio*, celebrado en 1991 (Burillo, coord. 1995), estuvo dedicado al poblamiento celtibérico, manteniendo una estructura semejante al anterior. Por su parte el *IV Congreso* (septiembre de 1997) ha versado sobre la economía.

La revitalización de la Arqueología celtibérica ha avanzado pareja a la de otras disciplinas, habiéndose insistido en la necesidad de su integración, permitiendo así obtener una visión global lo más completa posible del mundo celtibérico. En este sentido merecen destacarse los *Coloquios sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, de los que hasta la fecha se han realizado siete (de 1974 a 1997), o el I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua (García-Bellido y Sobral Centeno, eds. 1995), en los que la temática celtibérica ha jugado un papel destacado. A ellos hay que añadir el IIIer. Encuentro de Estudios Numismáticos (1987) dedicado a la *Numismática en la Celtiberia*. Entre las obras de síntesis sobre los Celtíberos de época histórica, trabajos basados de forma primordial en las fuentes literarias, hay que citar el estudio monográfico de Salinas (1986) *Conquista y Romanización de Celtiberia* o las aportaciones de Fatás (1989) y el propio Salinas (1989a) a la *Historia de España*, dirigida por A. Montenegro. Asimismo, destacan los trabajos relativos a la sociedad (Prieto 1977; Rodríguez Blanco 1977; Ruiz-Gálvez 1985-86; Burillo 1988f; García-Gelabert 1990-91 y 1992; Ciprés 1990 y 1993a; García Moreno 1993; etc.), con particular incidencia en las organizaciones de carácter suprafamiliar (Albertos 1975; González 1986; Beltrán Lloris 1988a) y en instituciones como la hospitalidad y la clientela (Salinas 1983a; Dopico 1989), tema ya tratado por Ramos Loscertales (1942), el mercenariado (Santos Yanguas 1980 y 1981; Santos Yanguas y Montero 1982; Ruiz-Gálvez 1988; Barceló 1991), la economía (Blasco 1987: 314 ss.; Beltrán Lloris 1987b: 287 s.; Pérez Casas 1988d; Ruiz-Gálvez 1991; Álvarez-Sanchís 1991), la religión (Salinas 1984-85; Marco 1986; *Idem* 1987; *Idem* 1988; *Idem* 1989; Sopena 1987 y 1995), la numismática (Untermann 1974 y 1975; Villaronga 1979 y 1994; Domínguez 1979 y 1988; Blanco 1987 y 1991; García Garrido y Villaronga 1987; Burillo 1995b; Villar 1995d; etc.), la onomástica personal (*vid.* Albertos 1979 y 1983, entre otros trabajos de la autora, y Abascal 1994), así como la epigrafía y la lingüística (Untermann 1983 y 1995b; de Hoz 1986a; *Idem* 1988a-b; *Idem* 1991b; *Idem* 1995a; Gorrochategui 1991; Maid 1994 y 1996; Villar 1995a, 1995e y 1996a; etc.), quizás el ámbito de estudio en el que se han producido las mayores novedades, en buena medida debidas al descubrimiento de los bronce de Botorrita (*vid.* capítulo

XI,3) (de Hoz y Michelena 1974; Beltrán y Tovar 1982; Eska 1989; Meid 1993 y 1994: 7 ss.; Beltrán, de Hoz y Untermann 1996) (26).

Otro tema de renovada actualidad es el de la Celtiberia, los Celtíberos y sus etnias (Alonso 1969; Koch 1979; Alonso-Núñez 1985; Burillo 1986; *Idem* 1995c; Salinas 1986: 78 ss.; *Idem* 1988; *Idem* 1991; Tovar 1989: 75 y 78 ss.; Solana 1989; Santos Yanguas 1991; Ciprés 1993b; Domínguez Monedero 1994; etc.), sobre todo con la publicación de la obra de A. Capalvo (1996) *Celtiberia*. En esta obra, el autor propone la revisión de las ediciones críticas en uso sobre las fuentes clásicas, lo que le permite ofrecer un nuevo concepto territorial de la Celtiberia.

El mayor conocimiento de la cultura material celtibérica, y la acumulación de información procedente de las necrópolis y poblados excavados en los últimos años, han permitido avanzar en la interpretación sobre el origen de esta cultura, enmarcándolo en el de la celtización de la Península Ibérica. Con la excepción de los encomiables intentos de Sangmeister y Schüle, este tema no se había vuelto a revisar desde los trabajos de Bosch Gimpera y Almagro Basch, debido al estancamiento producido en la investigación tras estas grandes síntesis, las cuales, como ha destacado Ph. Kalb (1993: 150), no se habían ocupado de reunir pruebas relativas a la 'celticidad' de los hallazgos. Un intento de interpretación, siguiendo la tradición centroeuropea de la investigación céltica, ya presente en el trabajo de Sangmeister, ha sido el protagonizado por Stary (1982) y Lenerz-de Wilde (1981) quienes intentan demostrar que los Celtas peninsulares son Celtas de La Tène, a pesar de que la distribución de los hallazgos de elementos latenienses en la Península Ibérica no coincide con el territorio lingüístico indoeuropeo. Recientemente, Lenerz-de Wilde (1991 y 1995) ha planteado sus tesis invasionistas. Para esta autora, desde el siglo VI a.C. estarían documentados los contactos entre la Península Ibérica y la Cultura de Hallstatt reciente. Con posterioridad, grupos célticos llegarían al territorio peninsular a lo largo de rutas ya establecidas a partir de los contactos comerciales previos: a través del río Ebro hasta la Meseta. Esto explicaría cómo desde el siglo V a.C. se producen hallazgos en el territorio meseteño que ponen de manifiesto su relación con las culturas de Hallstatt y La Tène en Europa central: determinados tipos de fibulas, espadas de tipo lateniense y sus características vainas, objetos éstos que hacen su aparición durante el siglo IV a.C., o algún raro broche de cinturón calado, sin duda fabricado en el área de la Cultura de La Tène, etc. (Lenerz-de Wilde 1995: 538 ss.). Sin embargo,

(26) Un panorama general de las principales novedades en el campo de la epigrafía y la lingüística paleohispánicas puede obtenerse en J. de Hoz (1991a).

Ph. Kalb (1979), en su estudio sobre los Celtas en Portugal, piensa que los hallazgos de tipo La Tène documentados en territorio portugués no permiten demostrar arqueológicamente una cultura celta, considerando (1993: 155) que este «término no es el adecuado para describir de manera inequívoca un contexto arqueológico». Pero, como ha señalado Untermann (1995a: 20), los hallazgos de objetos latenienses no tienen nada que ver con la celtización lingüística de la Península Ibérica ya que, «la Lingüística exige una fecha considerablemente anterior para el primer asentamiento de hablantes de idiomas celtas».

Serán los trabajos de M. Almagro-Gorbea, desarrollados desde 1985 (Almagro-Gorbea 1986-87; *Idem* 1987a; *Idem* 1991b-c; *Idem* 1992a; *Idem* 1993; Almagro-Gorbea y Llorio 1987a), los que den una nueva dimensión al tema. Como punto de partida, considera difícil de mantener que el origen de los Celtas peninsulares pueda ponerse en relación con la Cultura de los Campos de Urnas, pues su revisión, desde los años 70, ha permitido precisar, junto a un origen extrapirenaico, su dispersión por el cuadrante Nororiental de la Península, zona que no coincide con la que ocuparían los Celtas históricos ni con la de los testimonios lingüísticos de tipo céltico (Ruiz Zapatero 1985). Además, los Campos de Urnas del Noroeste dan paso sin solución de continuidad a la Cultura Ibérica, cuyos hallazgos epigráficos corresponden a una lengua —el ibérico— no céltica y ni siquiera indoeuropea (*vid.* Untermann 1990a; de Hoz 1993b; etc.).

En consecuencia, Almagro-Gorbea (1987a; 1992a; 1993 y 1994b) busca una nueva interpretación que pretende determinar el origen de los Celtas documentados por las fuentes escritas a base de rastrear su cultura material, su estructura socioeconómica y su ideología en la Península Ibérica como partes interaccionadas de un mismo sistema cultural. Habría que buscar las raíces del mundo celta peninsular en su substrato «protocelta» (Almagro-Gorbea 1992a y 1993) —conservado en las regiones del Occidente peninsular, aunque en la transición del Bronce Final a la Edad del Hierro se extendería desde el Atlántico a la Meseta— que se documenta por la existencia de elementos ideológicos (tales como ritos de iniciación de cofradías de guerreros, divinidades de tipo arcaico, etc.), lingüísticos (el «Lusitano» y los

antropónimos y topónimos en *P*-) y arqueológicos comunes (hallazgos de armas en las aguas, casas redondas, ausencia de «castros», etc.), así como por una primitiva organización social, que parecen asociarse al Bronce Final Atlántico, pero cuyas características afines a los Celtas históricos permiten relacionarlo con ellos. De esta forma, aunque no se excluyan movimientos étnicos, la formación de los Celtas peninsulares se habría producido por la evolución *in situ* de dicho substrato cultural, en donde los procesos de aculturación, sobre todo desde el mundo tartésico e ibérico, habrían jugado un papel determinante, hasta el punto de constituir un elemento clave para comprender la personalidad de los Celtas peninsulares.

Según Almagro-Gorbea (1993: 146 ss.), la Cultura Celtibérica surgiría del substrato protocéltico, lo que explicaría las similitudes de tipo cultural, socio-económico, lingüístico e ideológico entre ambos, así como la progresiva asimilación de dicho substrato por parte de aquélla. Este proceso de celtización permitiría comprender la heterogeneidad y la evidente personalidad de la Hispania céltica dentro del mundo celta.

La máxima dificultad que presenta esta hipótesis, como habrá ocasión de comprobar, estriba en la falta de continuidad en la Celtiberia entre el final de la Edad del Bronce y la fase inicial del mundo celtibérico, adscribible ya al Primer Hierro.

Tras la revisión de los trabajos más significativos sobre la investigación en torno al mundo celtibérico, cuyo estudio resulta de gran actualidad y en gran medida abierto, es oportuno señalar, a modo de reflexión final, algunos de los problemas que afectan a la Arqueología celtibérica. Parece claro el carácter fragmentado del registro arqueológico, en gran medida mal documentado, que hace necesario la intensificación de los trabajos de prospección y excavación, sin olvidar la revisión de materiales procedentes de excavaciones antiguas susceptibles todavía de ofrecer datos de gran interés. Se hace igualmente necesario un riguroso estudio secuencial de la Cultura Celtibérica, así como enmarcar su análisis en una visión holística que tenga en consideración, además, la información lingüística, histórica, sociopolítica, religiosa, etnográfica, etcétera.